

**José Cadalso,
lección de vizcainía**

Por EMILIO PALACIOS FERNANDEZ

1. Sobre la tumba de Cadalso quedó el halo romántico del enamorado, que ha perseguido su imagen hasta nuestros días. Los versos doloridos a su querida *Filis*, la historia sepulcral de las *Noches Lúgubres* han hecho olvidar, injustamente, al crítico de los *Eruditos a la violeta* o al pensador profundo de las *Cartas Marruecas*. Sin embargo, participa activamente el también poeta y dramaturgo en el proceso de transformación de su patria, aportando la savia nueva de una intensa erudición y conocimientos a la altura del saber europeo, adquiridos en su formación parisina, sus viajes por Europa y sus abundantes lecturas. Y sin ningún papanatismo ultramontano, con palabra medida pero inmisericorde, sabe diseccionar aquella sociedad dieciochesca que sufría tiempo ha la herida de la decadencia, acogándose sólo superficialmente a algunas modernidades europeas. Cadalso es, pues, símbolo del «hombre de bien» universalista, actitud que, a su vez, sabe compaginar con sus amores a las otras patrias: un Estado a cuyo rey Carlos III sirve en la milicia, las tierras andaluzas que le vieron nacer, y la indómita «Cantabria» que aporta sus raíces más profundas de apellido y nostalgias.

2. José Cadalso nació en Cádiz el 8 de octubre de 1741. Dos días después fue bautizado en la iglesia-catedral por el prebendado D. Bartolomé de Vera y Pozo, presentándose entre los testigos su abuelo materno José Vázquez Quincoya. Sus padres José de Cadalso y Josefa Vázquez de Andrade, gaditana, habían contraído matrimonio en 1733, y cuando nació, su progenitor estaba ausente en uno de sus numerosos viajes a Indias¹.

A pesar del desarraigo que su formación en el extranjero y su viajera vida militar le impusieron, Cadalso recordó siempre su lugar de nacimiento con un profundo cariño. Vuelto ya de su experiencia europea y estudiante en el Real Colegio de Nobles de Madrid, escri-

¹ El lector podrá completar la biografía en los estudios clásicos de Nigel Glendinning, *Vida y obra de Cadalso* (Madrid, Gredos, 1962); Felipe Ximénez de Sandóval, *Cadalso. Vida y muerte de un poeta soldado* (Madrid, Editora Nacional, 1967); y en el de R.P. Sebold, *Cadalso: el primer romántico «europeo» de España* (Madrid, Gredos, 1974).

bía en 1760 desde Cádiz a su amigo el jesuita P. Lozano: «Cádiz me va gustando más cada día: es un estuchecito de hermosuras»². La ciudad andaluza quedará ligada a su memoria infantil. Los juegos de niños, los primeros estudios, y el ambiente vivo y festivo de la cosmopolita Cádiz marcaron su recuerdo posterior³.

También su originaria vizcainía sale a colación repetidamente a lo largo de su vida y escritos. Ya su primer biógrafo y profundo admirador, el marino y académico Martín Fernández de Navarrete, antiguo seminarista de Vergara, lo recordaba en el prólogo a la edición de sus *Obras* en 1818: «Era originario de una familia antigua y solariega de Vizcaya»⁴. Cadalso tuvo que recordar su oriundez cántabra en el expediente de entrada al Real Seminario de Nobles de Madrid⁵, y posteriormente en su ingreso como caballero de la Orden de Santiago en 1766, que rescató puntualmente, junto a otros datos del archivo parroquial, J. de Ibarra y Bergé⁶. La paciente investigación de N. Glendinning aportó después abundancia de datos biográficos⁷. Por estas fuentes sabemos que la familia era originaria del pueblo de Zamudio (Vizcaya), cuya casa solariega se levantaba junto a la iglesia de San Martín. El viejo cadalso o fortificación de madera levantada antaño, precipitadamente, en las luchas banderizas de la región dio paso, luego, a una torre de piedra, blasonada con antiguo escudo de armas⁸. Miguel Antonio Taranco y Tomás de Uraña, comisionados

² José de Cadalso, *Escritos autobiográficos y epistolario*, prólogo, edición y notas de Nigel Glendinning y Nicole Harrison, London, Tamesis Blooks Ld., 1979, p. 40.

³ Como personaje ilustre de la misma se le recuerda. Así en el libro de Nicolás de Cambiaso y Verdes, *Memorias para la biografía y para la bibliografía de la Isla de Cádiz (Diccionario de personas célebres de Cádiz)*, Madrid, Imp. León Amarita, 1829, I, pp. 206-217.

⁴ José Cadalso, *Obras* (Madrid, Repullés, 1818, I). Recogido en Martín Fernández de Navarrete, «D. José Cadalso», en *Colección de opúsculos*, Madrid, Imp. Vda. de Calero, 1848, I, p. 309.

⁵ Véase una información general sobre este centro donde completó su formación Cadalso y estableció sinceras amistades en José Simón Díaz, *Historia del Colegio Imperial de Madrid* (Madrid, CSIC, 1952).

⁶ Javier de Ibarra y Bergé, «La vizcainía de Cadalso, ilustre escritor y soldado», *Vida Vasca* (Vitoria), XXXII, 1955, pp. 225-229. El expediente de ingreso en la Orden de Santiago se encuentra en el AHN, Santiago, leg.º 101-1362, fol. 15 v. 16.

⁷ En N. Glendinning, las notas a los citados *Escritos autobiográficos*, sobre todo en las pp. 178-188. También se incluyen en este libro las distintas cartas escritas por Cadalso a su primo Domingo Oxangoiti para que activara la recogida de documentación para obtener el hábito de Santiago (pp. 42-47).

⁸ Más información sobre la antigua casa solar de los Cadalso en J. de Ibarra y Bergé [y Pedro de Garmendia], *Torres de Vizcaya* (Madrid, CSIC, 1946, 3 vols.). La noble fábrica fue heredada por la familia Oxangoiti desde el pro-

por la Orden de Santiago para hacer el correspondiente informe de hidalguía, describen la casa solar y sus armas, tras la correspondiente visita, de la siguiente manera:

«pasamos al caserío solar de la familia y apellido de Cadalso, que está en la Ante Iglesia de Zamudio, el qual por su fábrica denota bastante antigüedad, y en su fachada Principal en medio de los balcones de yerro, reconocimos un escudo que hay de piedra, como de vara y media de largo y una de ancho, el qual contiene un cuartel y en él las divisas siguientes: Una Cruz en medio, y por orlas ocho sautores y en los quatro huecos de dicha Cruz quatro flores de lis, y en la parte inferior unas ondas de mar, y en la superior su Morrión y Celada y habiendo entrado en dicha Casa y subido a su cuarto principal, encontramos y reconocimos, en su Sala pintado en un lienzo con su marco y todo, muy viejo, el mismo escudo con las mismas divisas y colores siguientes: Una Cruz grande de oro que atraviesa dicho escudo en campo rojo y por orla en campo verde ocho sautores de oro y en los quatro huecos de la Cruz, quatro flores de Lis de oro, y en lo bajo unas ondas de Marazules y de Plata y en la Parte Superior un Morrión, Celada y Plumage y al pie de dicho escudo un letrero que dice: *Juan y Pedro de Cadalso son los orladores de este escudo en los años Christo de 1550*».

Los orígenes del solar parecen estar en María Díaz de Cadalso que casó con Pedro García de Zaballa a mediados del siglo XVI. Sus descendientes habían ejercido funciones políticas y administrativas en el regimiento local y en la procuraduría del Señorío de Vizcaya. Así su antepasado Pedro García de Cadalso fue Regidor de la anteiglesia de Zamudio, e Iñigo de Cadalso y Burgoa, quien más se preocupó en consolidar la familia, fue, en 1664, Procurador general del Señorío de Vizcaya, al igual que su heredero Ignacio de Cadalso y Uribarri en 1686. Para desempeñar tal puesto se exigía ser, según las leyes locales, «hijodalgo notorio, vecino concejante y de Casa y Solar conocidos».

pio siglo XVIII, que la poseyó hasta su venta en 1931. El 18 de septiembre de 1954 la Sociedad Vascongada de Amigos del País en colaboración con la Biblioteca de Buenas lecturas, asociación cultural bilbaína, se colocó una lápida en dicha casa en la que se lee: «José de Cadalso, en quien las armas y las letras de España tuvieron valeroso paladín, dio su vida en el sitio de Gibraltar el año 1782. Los Amigos del País y el Centro Cultural Bilbaíno, en memoria de su linaje vizcaíno».

^o Cit. por J. de Ibarra y Bergé, «La vizcainía de Cadalso...», p. 228.

Su hidalga procedencia queda, pues, perfectamente delimitada, al igual que su oriundez vizcaína, ya que sus ascendientes hacía tiempo habitaban aquel lugar y sus consortes fueron del mismo pueblo o de tierras cercanas. José Cadalso y Vázquez tenía perfecto conocimiento de sus orígenes nortños y dejó constancia de ello en sus *Escritos autobiográficos* al hablar de su familia:

«Dicen que mi casa solar está en un lugar pequeño de Vizcaya, llamado Zamudio. Aseguran que es muy antiguo. Añaden que en los Ayuntamientos del pueblo (que a la usanza del País se dicen cruces paradas) las hembras de mi familia tienen voz, como los varones de otras. Consta también que tiene un escudo de armas nada vulgar. Buenas casas todas. Se me abre la boca de par en par cuando hablo de ellas; porque así como a otros es un especialísimo incentivo la conversación de genealogías, he experimentado que es para mis humores el mejor soporífero que puede inventarse»¹⁰.

Cadalso había leído con detenimiento los oficios levantados para probar su rancia nobleza al ingresar en la Orden de Santiago, y recordaba seguramente las cosas que más le habían llamado la atención de aquellos informes. Quizá también conocía de boca de su padre y tíos el verde paisaje de su tierra de origen, y había oído hablar de las casas y predios familiares de Zamudio, Bazachu, Madariaga, Arzubía y Elgorriaga Beitia, en Derio, y de las viñas, castañares, manzanares, parrales, y montes en los que pastaba en libertad el ganado vacuno. Tal vez se había imaginado con su espíritu sensible el rumor de las aguas del río que movía las piedras del viejo molino familiar. Sin embargo, no tenemos constancia de que hubiera visitado el solar de sus mayores, y por lo que sabemos sólo pisó el País Vasco en el paso obligado del camino real para trasladarse a la vecina Francia.

Sigue después hablando, en el mismo escrito, de su abuelo, cuyas referencias debían ser para él más próximas:

«Fue un hombre que se fue al otro mundo sin vestirse a la castellana, ni hablar castellano: muy llena la cabeza de que un antepasado suyo había sido algo con Carlos V, no le pareció justo trabajar en ser algo con Carlos II, ni Felipe V. Pero para que se vea cuán a paso de gigante camina el hijo, mi abuela encargó que le enviasen de Bilbao un hombre que enseñara el español a sus muchos hijos, pues entre los de su matrimonio, y los de las primeras nupcias, me dio

¹⁰ Ed. cit., p. 3

mi abuelo un padre y veinte y ocho tíos y tías; de los cuales la mayor parte han muerto quedando sólo dos, uno muy rico y feliz, y otro muy triste y pobre»¹¹.

Militante del antinobiliarismo ilustrado, no del verdadero, sino del falso noble que no aporta nada a la común empresa de la patria, vuelve Cadalso a mostrarse displicente de los laureles heredados. Igualmente observa de manera negativa esta estrecha forma de apegarse al terruño. Como tendremos ocasión de observar en otros lugares, el escritor gaditano propugna una apertura enriquecedora, sin que esto signifique un abandono o desamor a las propias raíces. Por eso es coherente con este criterio la defensa de la actitud de su padre que busca nuevos caminos: «Nació con demasiada viveza para gastar su vida en hablar vascuence, beber chacolí, plantar castaños y conversar de abuelos, y así se escapó como pudo de casa y fue a parar a Indias en busca de un tío suyo»¹².

Ya era tradición que los vascos, encerrados por sus altas montañas, se abrieran a otros ambientes. En España habían accedido desde siempre a puestos de la administración pública, llegando en ocasiones a situaciones relevantes. Pero sembraron, sobre todo, América y las colonias, sabiendo que no era fácil sobrevivir en tan breves tierras, con mayorazgos muchas veces excesivamente cortos. No es extraño, pues, que algunos de los miembros de la familia Cadalso estuvieran ya en las Indias, sobre todo entre la abundantísima familia que tuvo su abuelo Ignacio de sus diversos matrimonios. Varios de ellos se habían trasladado a Cádiz, desde donde se realizaba el comercio con América desde 1717.

La ciudad había crecido rápidamente, y en sus calles se agitaban gentes venidas de otros lugares de España y del extranjero atraídos por el señuelo de prosperar a la sombra del comercio. Los naturales tuvieron que defenderse promoviendo en 1730 un Libro de Matrícula, que tuvo sanción real favorable, por el que se limitaban las autorizaciones para comerciar con Indias: [...] «todos los individuos del comercio han de ser precisamente españoles y indispensablemente vezinos de Sevilla, Cádiz, Puerto de Santa María, Sanlúcar y sus contornos, y que no carezcan de algunos de los requisitos prescritos por las Ordenanzas del Comercio y Cédulas Reales»¹³. Hasta 1742 no se vol-

¹¹ *Idem.*, p. 4

¹² *Idem.*, p. 4.

¹³ Cit. por Antonio García-Baquero González en su libro *Cádiz y el Atlántico (1717-1778)*, Sevilla, E.E.H.A., 1976, I, p. 462. Véase también AA.VV., *La burguesía mercantil gaditana (1650-1868)*, Cádiz, Dip. Provincial, 1976.

vió a permitir la presencia comercial a españoles de otros lugares de procedencia y tampoco a extranjeros naturalizados, o hijos de extranjeros nacidos en nuestro país.

Señala Glendinning que el padre de Cadalso hizo su primer viaje a Méjico en 1732, y al parecer con no demasiada fortuna, pues volvió al año siguiente, «no obstante que le quiso detener el Virrey [Juan de Acuña, marqués de Casafuerte], porque le gustaron sus buenas prendas», según anota el poeta con amor filial. Si atendemos a la normativa, debería estar trabajando para algún natural de la zona. Así parece confirmarlo el hecho de que a la vuelta de este viaje a la península en el velero *San José* tuviera que salvar a su acompañante José Vázquez Quincoya («Cónsul del consulado de la universidad de Cargadores de Indias»), tras el naufragio de la flota en el canal de la Bahama, julio de 1733, a causa de un huracán en el que perecieron muchos marineros. Unos meses antes, 8 de enero, se había desposado por poderes con su hija Josefa Vázquez y Andrade, celebrándose el matrimonio al año siguiente. La protección de su suegro fue fundamental para su progreso social y económico en la ciudad de Cádiz, lo cual completó con algunas inversiones de dineros familiares y gran voluntad de trabajo, haciendo varios y largos viajes comerciales a Méjico: 1735-1737, 1741-1752¹⁴. Entre medio había nacido María Ignacia, que murió muy joven, y después, según se dijo, José en 1741, falleciendo su madre dos años después. Su familia materna se hizo cargo, en ausencia del padre, de la educación del niño, hasta que se le envió a estudiar al Colegio de Luis el Grande de París, en aquella época de gran fama, regido por los jesuitas. Don José no conocía aún a su hijo y por eso decidió ir a París a visitarle, tras uno de sus viajes. Cadalso lo cuenta puntualmente, imagen fuertemente grabada, en sus *Escritos autobiográficos*:

«Mi ayo y yo salimos al camino por donde había de llegar mi padre, a quien habíamos ya buscado una posada con mucha anticipación. A dos leguas hicimos alto esperándole (es de notar que iba yo a cumplir trece años, sin conocer a mi padre). Vi pasar un criado a caballo delante de una silla de posta de dos asientos. Sentí en mi corazón un golpe inesperado y prorrumpí diciendo: Mr. Augé, en esa silla viene mi padre. Mr. Augé, que no creía en esos presentimientos, no hizo caso. Al mismo tiempo, mi padre, que efectivamente venía en la silla de posta con un amigo suyo, [...] le dijo: Molinillo, aquel muchacho es mi hijo.

¹⁴ Notas de N. Glendinning a *Escritos autobiográficos*, ed. cit., p. 4.

Molinillo hizo el mismo caso de aquel impulso que mi ayo hizo del mío. La silla pasó. Llegó mi padre a la posada y dos horas después llegamos a ella mi ayo y yo cansados de esperar a mi padre, que ya estaba dentro. Le besé la mano: me dio un beso en la frente; casi, casi nos enterneceimos»¹⁵.

Estas historias eran posibles para quien llevaba una vida tan ajetreada como la de su padre, que tenía que atender un negocio que había crecido enormemente. Consiguió hacer una buena fortuna con el comercio como maestrante de algunos barcos de la flota real, y comerciando él mismo vendiendo los productos transportados en la ciudad de Méjico y de Veracruz. En 1755 poseía el navío *El Gallardo*, adquiriendo después otro. Su hermano Diego que, siguiendo sus pasos había empezado también a comerciar con Indias, colaboró con él en un proyecto ambicioso para establecer factorías españolas en varios puertos europeos (Londres, San Maló, Amsterdam, Hamburgo, Copenhague) que contaba con el apoyo oficial¹⁶. Entre los dos pondrían la abultada suma de tres millones de pesetas, y ya habían empezado a visitar algunas de estas ciudades. Sin embargo, en un viaje exploratorio a Dinamarca que el padre de Cadalso realiza en 1761 encontró la muerte. Su hermano Diego atendió los bienes de su sobrino¹⁷.

José Cadalso, hijo, se había criado en este ambiente burgués, aunque sus inclinaciones le acercaban más a los libros que a los asuntos comerciales. Se encontraba más próximo de las inquietudes de su primo Juan María Cadalso y Garay, que de las aficiones marineras de su otro primo Pedro, quien en 1758 era ya capitán y maestro del navío *Nuestra Señora del Carmen*, rumbo a Méjico. El comercio había convertido a la vieja Gades en una ciudad cosmopolita y abierta. El desarrollo económico había potenciado también las actividades culturales. El joven Cadalso aprovecharía las facilidades para ir al teatro, asistir a las tertulias, o acceder a los más variados libros. Pudo

¹⁵ *Escritos autobiográficos*, p. 6.

¹⁶ Campomanes, según señala Glendinning, hablaba de su «mucho conocimiento en comercio general», y lo ponía como ejemplo de lo que puede hacer un hidalgo entregado al servicio de su patria, y de cómo el comercio podía producir pingües ganancias (le atribuye ocho millones de reales en quince años) (en *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, cit. pp. 180-181).

¹⁷ Recoge N. Glendinning un informe manuscrito de un habitante de la ciudad de Cádiz altamente elogioso de D. Diego: [...] «fue uno de los vecinos más útiles al estado y la república, y de toda honestidad para el desempeño de los empleos en que se interesa el bien común y, por tanto, como amante de éste, obtuvo y desempeñó con su acostumbrado honor, celo y utilidad, de este vecindario, el de mayor confianza, cual es el de Director General de Granos» (*Idem.*, p. 178).

igualmente poner en práctica sus conocimientos de lenguas modernas, pues en la ciudad vivían muchos extranjeros, porque, aunque tenían limitadas sus actuaciones, muchos de ellos actuaban por medio de personas interpuestas. Un panfleto anónimo de 1773, que trae a colación A. García-Baquero, recuerda las triquiñuelas que usaban: «Behía yo, dice, con frecuencia a muchos de tan ningún caudal como yo, que de la noche a la mañana se matriculaban en el comercio, y favorecidos de una de aquellas casas extranjeras emprendían una negociasion basta para las Indias». Por eso veía como negocio seguro «que me enriqueciesen a poca costa suia matriculandome en el comercio y abiándome para algún viaje a la América como es corriente en los Vizcaínos, Navarros, Gallegos, Montañeses y mis Paysanos a cuío nombre giran muchos caudales de los extranjeros por la prohibición de que suenen éstos»¹⁸.

La libertad de aposentamiento en 1742 produjo un incremento de comerciantes venidos de otras tierras de España. Las estadísticas de nuevas matrículas que presenta García-Baquero desde esa fecha hasta la de 1788 lo manifiestan, indicando al mismo tiempo su procedencia. Predominaban los andaluces (41,8%), por la cercanía, y quedaba en segundo lugar el País Vasco con un 14,9%, cifra que parece bastante alta teniendo en cuenta la poca extensión de su territorio¹⁹. Los vascos organizaron, pues, una colonia importante, siguiendo su antigua vocación marinera. En este ambiente los Cadalso tendrían cierto predicamento. Los matrimonios endogámicos debieron ser tan frecuentes como los de interés, ligados a las pretensiones comerciales. Así su tío Diego Ignacio casó con María Francisca de Garay y Juárez, nacida en el Puerto de Santa María, pero hija de Juan de Garay, natural de Elorrio, y de Andrea Juárez, de La Coruña.

José Cadalso, hijo, estuvo siempre bien acompañado con sus primos y trabó amistad con otros jóvenes oriundos de las tierras paternas. Entre ellos, especialmente, con algunos compañeros alumnos del Real Seminario de Nobles: los hermanos Bartolomé e Ignacio de Landáburu, y Antonio y José de Andonaegui; aunque también trató al gaditano Félix Beyens, y al gallego Ramón Caamaño, residente en

¹⁸ Cit. por A. García-Baquero, *Cádiz y el Atlántico*, I, pp. 483-485.

¹⁹ Este porcentaje se desglosa así:

Alava	55 matrículas	2,14 % total
Guipúzcoa	166 matrículas	6,45 % total
Vizcaya	164 matrículas	6,37 % total

A esto habría que añadir las procedentes del reino de Navarra: 172, que hacían un 6,68 %.

(A. García-Baquero, *ob. cit.*, I, pp. 466 y ss.).

Cádiz, y tuvo una especial devoción a Manuel López de la Huerta, madrileño de origen vizcaíno, diplomático y viajero, a quien le dirigiera varios poemas bajo el nombre poético de *Ortelio*²⁰.

3. Cadalso vivió una vida intensa de relaciones con sus compañeros de milicia, que siempre le tuvieron en gran estima²¹, y con el mundo de las letras, donde fue profundamente admirado. En 1766 conoció en Alcalá a Jovellanos que le animó a seguir el camino de la literatura; después frecuentó en Madrid a Nicolás Fernández de Moratín, con quien disfrutó de importantes vivencias personales y literarias en la época del estreno de su *Sancho García* (1771) y de la tertulia de la Fonda de San Sebastián, y después trató al joven Meléndez en Salamanca, con amistad ya imperecedera. Fue tan pródigo en amistades como en desatenciones de sus superiores militares. Entre sus amigos, los oriundos vascos tuvieron siempre un lugar especial en sus relaciones

Nada más ingresado en la milicia en septiembre de 1762, tuvo que velar sus armas en la guerra de Portugal: «[...] fui testigo de aquella guerra con harto dolor de mi corazón», dice en sus *Memorias*. Enrolado en el Regimiento de Caballería de Borbón, agrupación a la que perteneció de por vida, tuvo ocasión de coincidir con algunos militares de ascendencia vasca con los que mantuvo relaciones muy particulares. En el mismo regimiento se había iniciado el alavés Matías de Armona, hermano de José Antonio, futuro Corregidor de Madrid, que luego seguiría su carrera en América hasta llegar a coronel, y sería nombrado Marqués del Real Agrado²².

Igualmente contactó con otro militar con el cual congenió enormemente, erudito y literato, que fue Manuel de Aguirre y Landáuzuri, nacido en Munguía en 1748; de la misma unidad, aunque por sus estudios en el arte de la guerra pasó algunas temporadas como pro-

²⁰ Vid. N. Glendinning, «Cadalso, López de la Huerta y Ortelio», *Revista de Literatura*, XXXIII, 1968, pp. 85-92.

²¹ Escribe a este respecto M. Fernández de Navarrete declarando «el amor con que le miraban los subalternos y la tropa, que veían en él un padre que sabía reunir la franqueza y dulzura de su buen trato, al interés de corregir sus faltas, de mejorar sus costumbres y administrarles justicia». (*Colección de opúsculos*, ed. cit., I, p. 315).

²² Más datos sobre él en la biografía que hace de Prólogo al libro de su hermano José Antonio, *Memorias cronológicas sobre la representación de comedias en España*, de Emilio Palacios, Joaquín Álvarez Barrientos y M.^a del Carmen Sánchez García (Vitoria, Diputación, 1988); y del mismo autor y editores *Noticias privadas de casa útiles para mis hijos* (Madrid, Ayuntamiento, 1989). Como su hermano, fue socio Benemérito de la Sociedad Vascongada de Amigos del País desde 1773.

lector en la escuela militar de Avila, a finales de la década de los 70, y Director del Colegio Militar de Caballería de Ocaña (1780-85)²³. Traductor de libros militares, discursos y ensayos de temas sociales y poéticos, geográficos e históricos, llegó a académico de número de la Academia de la Historia, y fue escritor asiduo, con el seudónimo de «El militar ingenuo», en periódicos tan prestigiosos como *El Correo de Madrid* o *El Censor*²⁴. Fue miembro de la Sociedad Vascongada desde 1770, en su categoría de benemérito, y en los *Extractos* de la misma se encuentran algunas referencias a sus trabajos²⁵. Sus atenciones literarias e ideología progresista, que prueban una evidente ilustración en un sector tan tradicionalista como el ejército, debieron acercar las voluntades de ambos. No se conservan, o no se han descubierto, sin embargo, documentos fehacientes de las mismas. Parece, con todo, que Aguirre fue testafiero espiritual de los escritos de Cadalso a su muerte, o que por lo menos él gozaba de una confianza suficiente como para poseer copia manuscrita de los mismos²⁶. Así, debió ser él quien llevó al *Correo de Madrid*, periódico en el que como se dijo colaboraba, algunos de los textos inéditos de su amigo Cadalso: *Cartas Marruecas*, *Noches lúgubres*, y varios poemas que fueron publicados a lo largo de los años 1789 y 90²⁷. Glendinning atribuyó también a Aguirre la famosa «Carta de un amigo de Cadalso sobre la exhumación clandestina del cadáver de la actriz María Ignacia

²³ Estos datos en el Estudio Preliminar de A. Elorza a Manuel de Aguirre, *Cartas y Discursos del Militar Ingenuo al Correo de los Ciegos de Madrid* (San Sebastián, 1974).

²⁴ Una relación bibliográfica más completa sobre M.M. de Aguirre en Francisco Aguilar Piñal, *Bibliografía de Autores Españoles del Siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1981, I, pp. 82-86. No todos recibían con el mismo entusiasmo sus reflexiones en la prensa; alguien, bajo el seudónimo de «El medio convertido», le reprocha que se dedique a escribir sobre temas tan diversos y alejados de sus conocimientos militares (*Correo de Madrid*, II, n.º 150, 1788, pp. 858-59).

²⁵ *Extractos de las Juntas Generales*, Vitoria, Imp. Tomás Robles y Navarro, 1773, p. 101; *Idem.*, 1780, pp. 97-105. El Fondo Prestamero, en el Archivo de la Diputación Foral de Alava, guarda también varios discursos manuscritos.

²⁶ Parece, sin embargo, que el militar de confianza a la hora de su muerte en el sitio de Gibraltar en 1782 fue Francisco Salinas de Moñino, sobrino del Conde de Floridablanca, quien según señala Glendinning: «Tan buen amigo llegó a ser de Cadalso que éste, según una carta escrita por Pablo de Jérica a Leandro Fernández de Moratín, le dejó sus papeles con la orden de quemarlos» (*Escritos autobiográficos*, ed. cit., p. 213). En el mismo sitio estuvo José María Aguirre Hortés de Velasco, Marqués de Montehermoso, fundador de la Vascongada de la que fue Director en 1785, alavés, literato y hombre de buen gusto, académico de San Fernando. Cadalso le conoció en 1777 (*Idem.*, p. 166).

²⁷ *Cartas Marruecas*, IV-V, 14 feb. - 25 julio 1789; *Noches lúgubres*, VI, dic. 1789 - enero 90; poesía (*vid.* F. Aguilar Piñal, *Índice de las poesías publicadas en los periódicos españoles del siglo XVIII*, Madrid, CSIC, 1981).

Ibáñez», firmada por un «M.Ag.», en 1790, que se supone amigo del autor, y que contribuyó a extender la leyenda cadalsiana del desenterramiento del cadáver de su difunta amiga *Filis*²⁸.

A la sombra del bilbaíno Jacinto Pazuengos, coronel de su regimiento cuando ingresó en la milicia, tuvo Cadalso los mayores apoyos profesionales. El le propuso para su ascenso a sargento mayor, presentándole como «sujeto de particulares talentos y luces excelentes, con especial instrucción en varios idiomas, y que promete utilidad a la tropa y estado»²⁹, y le avaló en otros múltiples ascensos, no siempre culminados con éxito. En la misma compañía había conocido también a Manuel López Hidalgo, natural de Madrid, y milite de aficiones literarias con el que Cadalso tuvo mayor trato. En una carta que le escribe en diciembre de 1772, contestando a otra anterior suya en la que le enviaba alguna broma de su superior Pazuengos sobre sus orígenes vascongados, le dice: «Respóndale Vmd. de la mía, que si supiera yo que había en el mundo vizcaíno más vizcaíno que yo, iba en derecha a Vizcaya, echaba abajo el árbol de Garnica, y con sus ramas y tronco pegaba fuego a un pobre y pequeño, pero honrado y antiguo, solar que se halla en la anteiglesia de Zamudio»³⁰. Es la confesión más rotunda de vizcaínia que podemos encontrar en los textos de Cadalso, que además añade «que si algo se me ha pegado de los muchos países que he visto, ha sido sólo de lo exterior, que en nada influye en lo interior» [...].

En marzo de 1773 su compañía se trasladó a Salamanca y hubo de alejarse de los ambientes madrileños. Tuvo la suerte de encontrar en el ámbito universitario y cultural de la ciudad un grupo de poetas que conocían y admiraban sus versos, que hacía poco habían aparecido con el título de *Ocios de mi juventud*. Nuevos amigos abonan sus aficiones literarias. En torno al agustino Fray Diego González Tadeo se reunía un grupo de jóvenes amantes de la tertulia y el verso³¹. La presencia de Cadalso añade un nuevo magisterio. A ella asistían los clérigos Juan Fernández de Rojas (*Liseno*) y Andrés del

²⁸ Vid. N. Glendinning, Prólogo a J. Cadalso, *Noches Lúgubres*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, pp. XII y ss. El texto fue publicado por vez primera en una edición de Madrid, s.i., 1822.

²⁹ *Escritos autobiográficos*, ed. cit., p. 208.

³⁰ *Idem.*, p. 66.

³¹ Vid. el artículo de César Real de la Riva, «La escuela poética salmantina del siglo XVIII» (*Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXIV, 1948, pp. 321-364); Fernando Rodríguez de la Flor, «Aportaciones al estudio de la Escuela Poética salmantina, 1773-1789» (*Studia Philologica Salmanticensia*, n.º 6, 1982, pp. 193-229) y Emilio Palacios, Introducción a J. Meléndez Valdés, *Poesías*, (Madrid, Alhambra, 1878, pp. 8 y ss).

Corral (*Andrenio*) y los estudiantes Juan Meléndez Valdés (*Batilo*) y José Iglesias de la Casa (*Arcadio*). Allí encontró el afecto y consuelo que tantas veces se le negó. Su amistad se extendió igualmente a otros jóvenes estudiantes, también aficionados a las letras, deslumbrados por su fama: J. P. Forner, León de Arroyal, Alonso de Carbone, Francisco Javier Galiano, Joaquín Romeo, Francisco Ruano,...

También pudo acercarse a la colonia vasca que, siguiendo antigua tradición, estudiaba en la ciudad del Tormes. Así sus escritos recordarán posteriormente a Santiago Elías Basárrate, natural de Bilbao, matriculado en leyes, a quien en carta a José Iglesias, 1775, manda efusivos saludos en latín: «De salute tua, de Batyli nostri amoribus, de Cantabri Basarrati corde erga puellam tenero, de caeterorum amicorum vita, de incognito alio Cantabro, quidquid mihi latina tua elegantissima epistola nuntiat, mihi gratissimum est»; que puesto en román paladino dice: «Todo lo que me cuenta tu elegantísima epístola latina, acerca de tu salud, de los amores de nuestro Batilo, del corazón del cántabro Basárrate enternecido por una doncella, de la vida de los restantes amigos, de otro cántabro que no conozco, me es muy grato»³². En carta anterior había mandado saludos a los estudiantes, «con particularidad a mis vizcaínos».

Firme siguió también su amistad con el navarro Ramón de Cáseda y Esparza, estudiante entonces de leyes, que mostraba igualmente aficiones poéticas y escribió con el nombre pastoral de *Hormesindo*. Acabada su carrera volvió a Pamplona donde se estableció como pasante³³.

Todas estas amistades y contactos, cultivados al azar de la propia biografía, o largamente mantenidos, manifiestan una particular voluntad y aprecio por su tierra de origen, lo cual, como parece lógico, son perfectamente compatibles con otras relaciones.

4. Manifiesta Cadalso un espíritu maduro y una gran conciencia cívica. A lo largo de sus escritos podemos encontrar al desnudo la sociedad española de su tiempo que repasa sin acritud, buscando un mejoramiento del país. Rompe los tópicos y repiensa desde nuevas perspectivas, razón y corazón en el oficio de ensayista, el ser de España. Sempere y Guarinos, aunque no conozca su principal manifiesto, las *Cartas Marruecas*, destaca en sus escritos «su juicioso modo de

³² *Escritos autobiográficos*, ed. cit., pp. 110-111.

³³ Más noticias en el artículo de G. Demerson, «Tres cartas, dos de ellas inéditas de Meléndez Valdés a Don Ramón Cáseda», *Boletín de la Real Academia Española*, XLV, 1965, pp. 117-139.

pensar, y el espíritu de humanidad, y de patriotismo»²⁴. Y hablando de la obra cumbre de Cadalso decía Martín Fernández de Navarrete: «En las *Cartas Marruecas*, que dejó inéditas, campea el mismo amor patriótico y los deseos eficaces de purificar a su nación de aquellos vicios y preocupaciones, que con sobrada malignidad sirven de ocasión y apoyo a las invectivas de los extranjeros»²⁵. Con estas mismas intenciones se acerca el escritor gaditano a la tierra de sus mayores. En sus escritos y correspondencia quedan dispersas reflexiones varias sobre la misma que es fácil sistematizar y ordenar en un *corpus* orgánico. No encontramos en ellos críticas específicas negativas sobre el País Vasco, aunque se le podrían aplicar algunas de las censuras que generalizadamente dirige Cadalso a la nación.

La regularidad de sus criterios al tratar el tema de la vizcainía nos permite afirmar que se trata de un asunto que le ha inquietado con frecuencia, y que ha madurado en la reflexión y la conversación con sus amigos. Seguramente ha ahondado en el tema con la lectura de libros sobre la historia de Cantabria y de sus naturales, tan frecuentes en la época²⁶. El proceso de análisis se ha precipitado en él por el contraste de sus dos «oriundece», de las que se siente igualmente orgulloso. Cadalso sabe compaginar armoniosamente la conciencia de unidad, ligada al centralismo borbónico, con la idea de diversidad regional, que llama a sus propios orígenes. Su voz a través del *Gazel viajero* en las *Cartas Marruecas* resuena clara:

«Aún dentro de la española hay variedad increíble en el carácter de sus provincias. Un andaluz en nada se parece a un vizcaíno; un catalán es totalmente distinto de un gallego; y lo mismo sucede entre un valenciano y un montañés.

²⁴ Juan Sempere y Guarinos, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, Imp. Real, 1785, II, p. 33.

²⁵ *Colección de opúsculos*, ed. cit., I, p. 314.

²⁶ Dentro de la tarea de revisión histórica de España, el País Vasco, Cantabria, y su centenaria lengua atrajo particularmente la atención de propios y extraños, y provocó no pocas polémicas su interpretación. Los estudios clásicos de Esteban de Garibay (1571), Andrés de Poza (1587), B. de Echave (1607) o las *Averiguaciones de las antigüedades de Cantabria* del P. Gabriel de Henao (Salamanca, 1689-1691. 2 vols.) habían dado paso en el siglo XVIII a una amplia bibliografía que pasa inevitablemente por los trabajos apasionados del P. Manuel de Larramendi: *De la antigüedad y universalidad del Bascuense en España* (Salamanca, 1728) y el *Discurso histórico sobre la antigua famosa Cantabria* (Madrid, 1736). Después mantuvieron la investigación y la polémica Juan de Perochegui (1760), E. Flórez (1786), Rafael Floranes, Juan Francisco Masdeu (1783), Lorenzo Hervás y Panduro, en la *Lingüística*, J. J. Landazuri y Romarate, entre otros, hasta las aportaciones, iniciada ya el siglo XIX, de P. P. de Astarloa, José A. Conde, J. B. de Erro o J. A. Llorente.

Esta península, dividida tantos siglos en diferentes reinos, ha tenido siempre variedad de trajes, leyes, idiomas y moneda»²⁷.

Por eso, quizá, se muestre tan cauteloso al hablar del ser nacional y le pide a Ben Beley le dé más tiempo para conocer como viajero otras tierras de España. Quiere evitar el común error de otros muchos extranjeros de confundir España con la Corte, por lo cual ya desde el principio de la citada obra señala que «hago ánimo de examinar no sólo la Corte sino todas las provincias de la Península».

El análisis más completo de la variedad regional de España llega en la Carta XXVI, que Gazel dirige a Ben Beley, como resultado de un supuesto informe que le ha proporcionado Nuño, otro *alter ego* de Cadalso. Esta reflexión no es en principio original, pues cualquier crítico ilustrado, siguiendo las modernas corrientes, tendría que partir en su revisión nacional tanto del ser histórico, que subraya la diversidad y justicia situaciones presentes, como de una visión realista de la sociedad actual. Y por eso señala H. Lomné «si, donc, la singularité de la Monarchie espagnole réside, au premier chef, dans la diversité de ses parties intégrantes, l'analyse des provinces, qui la conditionnent, soumettra inéluctablement à la reflexion certains aspects de L'Espagne essentielle, dans ses moeurs et ses institutions»²⁸. La revisión de Gazel-Cadalso empieza por la casa de sus mayores:

[...] «los cántabros, entendiendo por este nombre todos los que hablan el idioma vizcaíno, son unos pueblos sencillos y de notoria probidad. Fueron los primeros marineros de Europa, y han mantenido siempre la fama de excelentes hombres de mar. Su país, aunque sumamente áspero, tiene una población numerosísima, que no parece disminuirse con las continuas colonias que envía a la América. Aunque un vizcaíno se ausente de su patria, siempre se halla en ella como encuentre con paisanos suyos. Tienen entre sí tal unión, que la mayor recomendación que puede uno tener para con otro es el mero hecho de ser vizcaíno, sin más diferencia entre varios de ellos para alcanzar el favor del poderoso que la mayor o menor inmediateción de los lugares respectivos. El señorío de Vizcaya, Guipúzcoa, Alava y el reino de Navarra tienen tal pacto entre sí, que algunos llaman estos países las provincias unidas de España»²⁹.

²⁷ José Cadalso, *Cartas Marruecas. Noches lúgubres*, ed. de Joaquín Arce, Madrid, Cátedra, 1982, 6.ª ed., p. 85.

²⁸ Henriette Lomné, «Cadalso et la diversité des provinces dans les *Cartas Marruecas*», *Iberica* (Paris. Sorbonne), 1977, p. 174.

²⁹ *Cartas Marruecas*, ed. cit., p. 148.

Pocas palabras ha necesitado Cadalso para trazar un retrato del vizcaíno y su ser, donde sin duda manifiesta su afecto y particular experiencia personal sobre el tema. Al vizcaíno lo define su lenguaje, su sencillez de carácter, su vocación marinera, su sentido nacional. Y recuerda, entonces, cómo sus raíces le proporcionaron particulares amistades vascas a lo largo de su vida, y recuerda también la unión de los paisanos vascos en aquel Cádiz cosmopolita y abierto de su infancia.

No existe el mismo respeto y sentir positivo en la revisión de las otras tierras de España, entre luces y sombras, según se expone en el resto de la carta XXVI: asturianos y cántabros, demasiado apegados a su tradicional nobleza; gallegos, los más duros y sufridos en sus oficios; castellanos, leales; extremeños, conquistadores y patriotas; andaluces, arrogantes, «nacidos y criados en un país abundante, delicioso y ardiente»; murcianos que se parecen a andaluces y valencianos, éstos «tenidos por hombres de sobrada ligereza»; catalanes, industriosos; aragoneses, «hombres de valor y espíritu, honrados, tenaces en su dictamen, amantes de su provincia...».

Muchas de estas características, siguiendo un criterio muy de época, se dice son consecuencia de la geografía y el clima, siendo como es «tan notorio el influjo de lo físico sobre lo moral»⁴⁰. La historia, además, señala Gazel, provocó en el pasado tensiones regionales: «estos pueblos estuvieron divididos, guerrearón unos contra otros, hablaron distintas lenguas, se gobernaron por diferentes leyes, llevaron diversos trajes y, en fin, fueron naciones separadas»⁴¹. Pero frente a la historia pasada, que explica la diversidad y hace comprender las diferencias locales, el presente está marcado por «la perfecta unión» de todas las regiones en la paz y en la guerra.

Piensa H. Lomné, al interpretar estas páginas, que Cadalso no ha profundizado en la problemática de la sociedad, sino que la ha analizado superficialmente. «Nuño, dice, retient du Basque les seules qualités propres à compléter harmonieusement celles qu'il attribue aux autres provinces de la Péninsule, que toutes contribuent à leur écot à la vision globale d'une Monarchie équilibrée dans une optique évidemment castillane»⁴². Por el contrario creo que no hay que entender

⁴⁰ *Idem.*, p. 150. García de la Huerta y el polémico Forner habían recurrido igualmente al clima para explicar nuestra especificidad literaria, respecto a otros pueblos: la fantasía y el lujo estilístico de los países soleados del sur de Europa, frente a la seriedad y rigor expresivo de las naciones norteañas.

⁴¹ *Cartas Marruecas*, ed. cit., p. 152.

⁴² Art. cit., p. 182.

esto como una simplificación ingenua de Cadalso. Debe conocer, como hombre atento a los problemas actuales, que la modificación de los decretos en torno a los viejos fueros, desde 1717, ha creado continuas tensiones entre la corona y los privilegios, sobre todo económicos, de los que disfrutaban las Vascongadas desde antaño, y seguramente no era ajeno a las habituales reclamaciones en este sentido a lo largo del siglo. Cadalso muestra, sin embargo, su conocida actitud reflexiva de «hombre de bien», y piensa que esto está exigido por las circunstancias socioeconómicas en que los Borbones heredaron el país («sin ejército, marina, comercio, rentas ni agricultura»), lo cual ha obligado a un mayor esfuerzo de participación colectiva en el ordenamiento nacional.

Habría hecho falta que Cadalso hubiera realizado un estudio más pormenorizado, cosa que no parece pretender, para conocer su pensamiento sobre este asunto. Pero el mero hecho de plantear la diversidad regional en una época de intenso centralismo y severo control de las provincias y reinos de España desde la Corte, debió resultar un acto de valentía y de cierta discordancia con los poderes públicos. No hay que creer que Cadalso fuera una persona totalmente integrada en la política de la época. Coincide con ella en el afán reformista del hombre ilustrado, pero su pensar independiente le llevó, a veces, a posiciones divergentes que debieron causar cierto malestar en la corte, dada su condición de militar. Su obra teatral *Solaya o los circasianos*⁴³ fue retenida por la censura, y las *Cartas Marruecas* quedaron inéditas «porque la superioridad me ha encargado que sea militar exclusive», según dice en sus *Escritos autobiográficos*⁴⁴. Cadalso, aunque hubiera dulcificado sus ideas con vistas a la publicación, parece bastante honesto para mantener su pensamiento, y a la altura del siglo XVIII tener esta conciencia regional tan marcada no estaba en la mente de todos, y menos de los políticos oficiales.

Frente al uniformismo y centralismo del poder, entiende Cadalso que las reformas han de hacerse teniendo en cuenta la realidad social y las circunstancias históricas: «Bien sé, dice en boca de Gazel, que para igualar nuestra patria con otras naciones es preciso cortar muchos ramos podridos de este venerable tronco, sugerir otros nuevos y darle un fomento continuo; pero no por eso le hemos de aserrar por medio, ni cortarle las raíces, ni menos me harás creer que para

⁴³ Editada por Francisco Aguilar Piñal (Madrid, Castalia, 1982).

⁴⁴ Ed. cit., 121. Vid. Lucienne Domergue, «Luces y censura: el caso de Cadalso», en *Tres calas en la censura dieciochesca (Cadalso, Rousseau, prensa periódica)*, Toulouse, Université Toulouse - Le Mirail, 1981, pp. 7-39.

darle su antiguo vigor es suficiente ponerle hojas postizas y frutos artificiales»⁴⁵. Por eso presenta con evidente tono cómico el plan del proyectista que pretende una nueva reorganización del país, ideal y desenraizada, dividiendo España en cuatro partes en las que «se hable un idioma y se estile un traje», aunque se reserve el vizcaíno como lengua del septentrión.

La vizcainía de Cadalso nace, pues, de la realidad y se apoya en el sentido común. Se enriquece luego con el afecto y cariño con que presenta la tierra de sus mayores. Semejante a la admiración que siente por su Andalucía natal, su otro amor. El retrato del caballereite andaluz de la Carta VII, excelente cuadro de costumbres, muestra hasta qué punto ha captado el tipismo andaluz, y es capaz de utilizar lo específico de su lenguaje y maneras, que ya había practicado cuando tuvo que defender al militar O'Reilly en el Motín de Esquilache, 1766: «Cuatro dichos andaluces de mi boca templaron toda aquella furia»⁴⁶. Andalucismo militante y emocionado también en la descripción de los andaluces en la citada Carta XXVI⁴⁷.

Su visión de los vizcaínos y su tierra se subraya en otras referencias sueltas que encontramos en diversos lugares de sus escritos. La llegada de Gazel viajero a Bilbao sirve para constatar la originalidad de aquellos lugares en nada parecidos a otros: «Idioma, costumbres, trajes son totalmente peculiares»⁴⁸. Cadalso, que no conocía el vasco, estaba al tanto de las polémicas sobre el origen de esta antigua lengua y parece haber leído alguna cosa del P. Larramendi, al que cita⁴⁹. El recuerda algunas palabras del viejo idioma en sus cartas. *Agur* aparece con frecuencia cerrando las misivas, y en una epístola a Tomás de Iriarte, en 1777, en la que escribe el nombre de Dios en varias

⁴⁵ *Cartas Marruecas*, ed. cit., p. 167.

⁴⁶ *Escritos autobiográficos*, ed. cit., p. 12.

⁴⁷ Dice: «Los andaluces, nacidos y criados en un país abundante, delicioso y ardiente, tienen fama de ser algo arrogantes; pero si este defecto es verdadero, debe servirles de excusa su clima, siendo tan notorio el influjo de lo físico sobre lo moral. Las ventajas con que naturaleza dotó aquellas provincias hacen que miren con desprecio la pobreza de Galicia, la aspereza de Vizcaya y la sencillez de Castilla; pero como quiera que todo esto sea, entre ellos ha habido hombres insínes que han dado mucho honor a toda España; y en tiempos antiguos, los Trajanos, Sénecas y otros semejantes, que pueden envanecer el país en que nacieron. La viveza, astucia y atractivo de las andaluzas las hace incomparables. Te aseguro que una de ellas sería bastante para llenar de confusión el imperio de Marruecos, de modo que todos nos matásemos unos a otros». (*Idem.*, p. 150).

⁴⁸ *Idem.*, p. 236.

⁴⁹ *Idem.*, p. 237. En una carta al jesuita P. Lozano (1760) se lee: [...] «si yo supiera el vizcaíno y otras dos lenguas junto a las otras cuatro que sé podría hacer un Calepinus septem linguarum» (*Escritos autobiográficos*, p. 38).

religiones añade esta nota: «Se me olvidaba el vizcaíno *Jaungoicoa*, que significa señor de alto. En el idioma cántabro no hay voz que signifique directamente Dios»⁵⁰. Puede ser que en algunos aspectos lingüísticos él también fuera víctima de los defectos habituales de los vascos que hablan castellano. En una carta (1774) en la que comenta a su amigo Nicolás Fernández de Moratín ciertos asuntos en torno a la métrica se lee: «Todas las demás sílabas me suenan indiferentes en este oído vizcaíno, cuyo tímpano debe ser tan duro como el fierro de su patria»⁵¹.

La lengua es, pues, el primer y más importante rasgo diferenciador en que se fija Cadalso a la hora de analizar especificidades. Pero fiel a la historia recuerda que aquellos montes nunca fueron dominados, ni tan siquiera por el invasor romano. En un poema que dirigió a su amigo *Ortelio*, José López de la Huerta, a punto de coger el barco en Bilbao con destino a Inglaterra recuerda:

«Ya dexa Ortelio la paterna casa,
ya le recibes navecilla humilde,
ya queda lejos la jamás domada
cántabra gente»⁵².

Del presente, casi lugar común, destaca las minas y ferrerías vascas, junto al comercio, como motores de la economía regional, aunque conoce los problemas que está planteando la competencia de la minería del Nuevo Mundo: «aquel metal tan poderoso hasta que se descubrió con abundancia el de Méjico y Perú»⁵³.

De todo esto deducimos que Cadalso, a pesar de ser servidor de Carlos III y estar comprometido en su empresa ilustrada, llevaba al País Vasco en el corazón. No es ocioso recordar aquellos versos de su poema «A la Fortuna» donde se lee:

«La crin del animal que Betis cría,
el brillo que el dorado Tajo presta,
el fierro de Cantabria, patria mía»⁵⁴.

5. Como una prueba más de amor a su patria de origen, Cadalso quiso colaborar con ella en la empresa que más le dignificó en

⁵⁰ *Escritos autobiográficos*, ed. cit., p. 121.

⁵¹ *Idem.*, p. 84. Este mismo defecto, dureza musical, se ha achacado a algunos poetas vascos que escribieron en castellano. Unamuno es la referencia más frecuente.

⁵² José Cadalso, *Obras*, ed. cit., III, p. 213.

⁵³ *Escritos autobiográficos*, ed. cit., p. 73.

⁵⁴ *Obras*, ed. cit., III, p. 29.

el siglo XVIII: La Sociedad Vascongada de Amigos del País. En 1777, siendo capitán de su regimiento, se inscribió como socio benemérito, situación en la que se mantuvo hasta su muerte. No hay en sus escritos, sin embargo, ninguna referencia a este hecho. Este año estaba con sus tropas en tierras extremeñas de Montijo, desde donde escribió varias cartas a sus amigos de Salamanca y Madrid. Según los *Estatutos* tales socios eran votados por los de número y su obligación era doble: «una corresponder los avisos del Recaudador; y otro fomentar el instituto de la Sociedad, según la situación en que cada uno se halla, y proporción que tenga»⁶⁶. Podían asistir a las Juntas económicas y su asignación era de cien reales de suscripción anual, o de cincuenta ducados, al ser militar, de suscripción perpetua. De la misma clase fue su tío Diego de Cadalso (1771-1787), y su primo Juan María (1771-1793), ambos, como dijimos, residentes en Cádiz.

Dentro de la Sociedad fue menos activo que su amigo y compañero de profesión y regimiento Manuel María de Aguirre, que pudo ser quien impulsó a Cadalso a ingresar, pues convivía con él cuando lo hizo. Este fue Benemérito desde 1770, y también literato desde 1781. Puede parecer extraño que el escritor andaluz no consiguiera tal situación, pero no lo es si consideramos la dificultad con que publicó Cadalso sus obras, en razón de su condición militar, unas anónimas, y otras póstumas. Por eso mismo tampoco se encuentra referencia alguna a él en los *Extractos*.

⁶⁶ *Estatutos aprobados por S. M. para Gobierno de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, Vitoria, Imp. Tomás de Robles, s.a., pp. 50-51.